

1. EL CONCEPTO DE POBREZA

FUENTE: <http://www.cccbxaman.org/Raval/e6a4/pane2.htm>

No hay, en sentido estricto, una manifestación única y universal de la pobreza, como tampoco lo hay de la riqueza. No existe una forma única de pobreza sino diferentes formas de un mismo fenómeno, sería imposible enunciar una definición válida para cada una de las manifestaciones y formas de pobreza, cada forma o situación de pobreza se valora en referencia a ciertos parámetros económicos, sociales y culturales dados. No es lo mismo el paro que la pobreza ni es correcto establecer una relación directa entre pobreza y marginación. Así mismo, no tiene un carácter exclusivamente económico aunque la ciencia económica se haya apropiado de este concepto convirtiéndolo en medible a partir de unos índices de ingresos, que son los que determinan el acceso al bienestar material legitimado por la sociedad occidental. Esta legitimación y proyección llega hasta tal punto que constituye unas de las principales señas de identidad de nuestra civilización occidental, desde esta referencia surgen diferentes enmascaramientos a través de discursos ideológicos-políticos.

Un breve análisis histórico nos permite observar que durante muchos siglos los pobres fueron ignorados, cediendo a la religión cualquier interés o explicación a propósito de ellos. Como nos recuerda Foucault, los pobres compartieron con los locos el gran encierro del siglo XVII. El edicto real de 1656 trataba de impedir "La mendicidad y la ociosidad como fuentes de todos los desordenes". Con la creación del hospital se sustituyen las medidas de exclusión puramente negativas por medidas de encierro, el desocupado no será ya expulsado ni castigado, es sostenido con dinero de la nación a costa de su libertad personal: es la primera intervención estatal. Entre él y la sociedad se establece un sistema implícito de obligaciones: tiene derecho a ser alimentado, pero debe aceptar el constreñimiento físico y moral del internamiento. Este encierro tiene el mismo sentido en toda Europa es un ejemplo de respuesta dada por el Estado del siglo XVII- XVIII a una crisis económica que afecta al mundo occidental, escasez de empleo, descenso de salarios.

Con la Revolución Industrial los pobres abandonan los asilos para incorporarse a un novedoso mercado laboral en el que para trabajar ya no era necesario estar vinculado a la tierra. La marginalidad seguía siendo posible pero reducida numéricamente y desposeída de explicaciones metafísicas, se fue convirtiendo en un fenómeno capaz de despertar el interés de los científicos. Desde la sociología (Durkheim, 1897) que describió la anomia como la ausencia o desintegración de las normas capaz de conducir al individuo a la destrucción, a la psiquiatría (K. Shneider, 1934) que describió las personalidades psicopáticas, correspondientes a individuos socialmente inadaptados. El pensamiento moderno se ha ido, a su vez, dotando de instrumentos frente a la marginalidad social y la conducta inadaptada, uno de estos instrumentos es el llamado trabajo social, que se desarrolla en un modelo

de sociedad concreto: el capitalismo, generador de fuertes desequilibrios económicos y desigualdades sociales.

La forma en que las sociedades ricas resuelven sus necesidades de bienestar contribuye a incrementar los desequilibrios ecológicos y de distribución de la riqueza. Después de la Revolución Industrial y apoyándose especialmente en los períodos de expansión y acumulación postbélica, se fue haciendo fuerte en las sociedades del norte-capitalistas, la falsa idea de crecimiento ilimitado y de consumo máximo de recursos desde el "cuanto más, mejor", hasta llegar a un punto en el que tal creencia no sólo se presenta como incuestionable e irrenunciable sino que configura una buena parte del discurso del Deseo de estas sociedades. De espaldas a los límites de la biosfera y a los desequilibrios sociales se ha realizado un doble desplazamiento del discurso del Deseo: de personas a objetos, de bienes y actividades no monetarizadas a bienes y actividades monetarizadas, de este modo se ha ido conformando un modelo pobre en posibilidades y perspectivas e injusto y desigual en su esencia.

El discurso del deseo y del bienestar, configurado como fiel siervo de las necesidades del Capital, se torna trampa para las posibilidades de supervivencia de una buena parte del Planeta y para las posibilidades del bienestar (definido previamente por valores culturales) para los que ya tienen asegurada la supervivencia.

Si se consideran las necesidades de supervivencia (alimentación, cobijo, salud) y las necesidades de bienestar (afecto, identidad, proyección personal, conocimiento, poder, ocio, etc.) y lo relacionamos con un número limitado de recursos, podemos observar como la forma en que las sociedades del norte resuelven sus necesidades de bienestar, hacen disminuir las posibilidades del sur y de generaciones futuras de resolver sus necesidades de supervivencia. Las necesidades de supervivencia no son negociables, o por lo menos no deberían serlo. Son rígidas en sus mínimos imprescindibles.

Desde una aparente variedad de discursos (entre los que a pesar de las diversas etiquetas –conservadores, progresistas- dominan los tonos templados) del sistema capitalista, a grandes rasgos se han ido configurando las diferentes formas de abordar la llamada pobreza a través de las políticas sociales, entendidas como aquel conjunto de actividades del Estado que no están orientadas a fines productivos sino remediadores, ocupándose de nivelar desigualdades y ayudando a quienes están comparativamente peor. Toda política social se operativiza, en sentido estricto, desde órganos especializados de la Administración Pública que coordinan, reglamentan y gestionan los recursos, entre ellos, los servicios sociales.

FUENTE: <http://www.cccbxaman.org/Raval/e6a4/pane2.htm>